

no murió la niña,
la niña está alegre
como la campiña.

Y, al gemir del viento
en los robledales,
cantando dispone
sus galas nupciales.

Luis BARREDA

PALOMITA LIBRE

Nació de padres humildes, en la villa y corte de Madrid. La humildad de sus engendradores, no la impidió el que, por circunstancias que nada tienen de particular, recibiese esmeradísima educación instructiva que recayendo en su cerebro excepcional, despertó en su imaginación femenina el deseo del más allá, en todas las manifestaciones de la vida.

Sus gracias infantiles, su precoz talento, hicieron que sus padres, cuando intentaron influir en la modelación del alma á que dieron vida, se encontrasen con una ferecilla rebelde, superior á ellos en mentalidad.

La autoridad paterna rodó por los suelos ante las vehemencias de aquel demoniejo encantador.

Murió el padre y la raya que pudiera interrumpir,—no contener,—la libre vida de nuestra madrileñita, quedó enterrada con el cuerpo del hombre.

A los diecisiete años, Isabel era la madrileña pequeña, graciosa y picante «la Venus española, sin más carne que la precisa para cubrir de deliciosas redondeces su armazón ágil y esbelto», de gata zalamera y traviosa tal como la descripción artística del Goya inmortal. Sus ojos grandes, rasgados, pardos, húmedos, con esa humedad de sensacional lascivia, que daban á los suyos—con orientales y perfumosos líquidos—las cortesanas griegas, atraían las almas, despertaban deseos y producían sensaciones involuables, convidando, excitando á los labios masculinos á beber con frenesí las humedades cristalinas de aquellos hermosos espejos de un alma rebelde decidida á vivir la vida de la libertad, con sus pasiones, sus

desengaños, sus goces y quebrantos á lo que se haría superior con su espíritu fuerte, encerrado en aquel delicioso y delicado cuerpo, modelo de estética estatuaria, que se hubieran disputado con ansia febril los escultores atenienses. Su boca, con un eterno mohín—sonrisa de desdenosa, ó burlona expresión,—con labios de granada bien madura, ese portento de gracia y sollo de futuras delicias. Sus mejillas sonrosadas, su barba partida por un gracioso cyuelo, sus pies diminutos y el conjunto de su cuerpo, de perfecta línea helénica hacían de Isabel una mujer adorable.

Empezó su vida de amor, no siendo feliz. Fué el primer choque que tuvo con el destino. Dió con un hombre vulgar, grosero, que no supo apreciar el tesoro que se le entregaba, y amargó, un tanto, aquél corazón que se creía capaz de triunfar de todas las penas, de los contratiempos todos de la vida.

Quiso profundizar prácticamente en lo que es el amor y se convenció de que todos sus definidores, expresaban de él alguna verdad, pero se convenció también, de que ninguno lo comprendería nunca. Tuvo de él, opiniones exclusivistas, ya considerándolo únicamente como función creadora de la vida, ya apreciándolo como sentimiento.

A veces dió la razón á Voltaire, considerando el amor como tela de la naturaleza, bordándola con las fantasías de su imaginación. Lo sintió en su alma, con delirio del espíritu, exaltándose sus sentimientos, como lo concibió Rousseau y lo sintió Eloisa. Comprendiólo como lo representan los alemanes, bajo las inspiraciones de *Werter*, alimentándose de recuerdos, de ilusiones y de presentimientos, relacionando esta percepción del amor respecto al primero que sintió, como la luz pálida de la luna á los fecundantes rayos del sol. Y, por último, terminó.... riéndose del amor.

No se crea, por esto, que Isabel fué mujer fácil, á disposición del mejor postor. No dependió nunca de nadie, pues amante de su libérrimo albedrío, comprendía que la primera libertad, la primera emancipación, ha de ser la económica, y ella trabajó para vivir, conociendo el amor cuando su